

# Alberto Savinio

## La gigantea

Luego de volver sus calmos ojos hacia ti, lentos y bovinos, y habiéndote mirado una vez con su mirada impasible y vaga, la dirige a otra parte, a otros aspectos, y no esperes ya, pobre hombre, que la gigantea vuelva a mirarte.

La gigantea nunca mira directamente a la cara (quizá ni siquiera ve), como los norteamericanos, que miran de soslayo cuando quieren ofender, rozando apenas con su mirada un cuartel, un palacio de gobierno, una iglesia. Pero ¿qué le importa a ella ofender? ¿Quién puede tener la ilusión de que ella lo ofenda?

Millares de obreros han trabajado en la construcción de la gigantea: albañiles, carpinteros, herreros y artesanos de todas las clases, como en las catedrales de los grandes siglos cristianos, en las que tres o cuatro generaciones de obreros guiados por Dios dejaban ahí sus vidas, los últimos en las altas agujas, a la vista del cielo, entre las voces de las campanas. Centenares de ingenieros dirigían los trabajos en mangas de camisa y con pantalones de fustán en el verano, protegiendo sus cabezas con yelmos; en invierno, con pellizas de carnero y grandes gorros de cosaco.

Como suele ocurrir en todos los grandes monumentos, la construcción nunca tendrá fin. Y aunque su mole domine incontrastada el caserío y los campos, un andamiaje ora le cubre una rodilla, ora un seno; una jaula colgante le oculta una oreja o la punta de la nariz. A sus pies están los talleres bulliciosos, donde los cinceles, compitiendo con las cigarras en las tórridas jornadas del verano, estridulan sus aceros contra el mármol. Y el trabajo se suma a otros trabajos en torno de la impasible serenidad de la gigantea, que calcula los siglos como años, las generaciones de los hombres como las de los insectos. Mira al cielo como nosotros miramos el techo de nuestra recámara; mira a la tierra como miramos el suelo cuando caminamos para estirar las piernas.

En tal momento, el comandante supremo de las fuerzas de la tierra y del mar llévase a la boca el megáfono y grita hacia los cuatro puntos cardinales:

—¡Es la ciudad! ¡Es la ciudad!



¡Incauto! ¿Quién le metió en la cabeza a ese idiota que yo he querido hacer victorhuguismo?

La maldita equivocación irrita tanto a la gigante, que ella misma quiere desmentir una interpretación tan estólida de su yo y de su individualidad. La gigante se pone de pie, estira los miembros, da los primeros pasos.

Lo que ocurre en seguida es tan horripilante, que de sólo pensarlo se me pone la carne de gallina.

Rígida en un principio, como un parálítico al que le quedara un resto de movilidad, la gigante se detiene en una bocacalle, con los pies en ambas aceras. Toda la aglomeración de automóviles, carruajes, camiones, carretas y peatones, congelada por el terror, se detiene cuando la gigante da los primeros pasos, empieza a correr y se desborda como un torrente, pasa como tromba por entre las piernas de la gigante y huye confundida y aullante calle abajo.

La gigante, irritada entonces no sé si por esa fuga pulviscolar o por los alaridos de la gente, adquiere mayor soltura de movimiento, empieza a caminar haciendo girar el cuerpo y aprovecha al máximo la rudimentaria articulación de sus miembros. Sobre la ciudad aterrada caen los atronadores golpes de sus pasos.

Donde planta los pies, rechinan los trenes como cucarachas aplastadas; enormes hoyancos se abren en el empedrado y las tuberías rotas se levantan como serpientes, algunas lanzando hasta los techos plateados chorros de agua; otras despiden gases pestilentes, que infestan el aire y provocan incendios. Silbantes cables eléctricos zigzaguean por doquier, abatiéndose sobre la ola de los fugitivos que mueren en medio de horribles contorsiones. Los sobrevivientes escapan con la cabeza en las manos.

La gigante sigue caminando. Rompe los parapetos de las fuentes, derrumba casas a codazos, arrolla lo que encuentra a su paso.

¿Qué medidas toman las autoridades? Parvadas de agentes, de militares, de fusileros agazapados en las esquinas de las calles, tendidos en los techos, escondidos en los portones,

abren contra la gigante nutridas ráfagas de fusilería. La gigante pasa sin mirarlos. Con las uñas desprende las balas aplastadas contra su cuerpo invulnerable.

Llega a todo galope una batería acuartelada en el campo. Los artilleros apuntan sus cañones. Las esquirlas se desparraman como estrellas. Los diarios publican la lista de las víctimas de los cañonazos: dos mujeres, un general, un empleado del registro civil y un perro.

“También seré una víctima de un autómeta, de una máquina, de un mamarracho ideado por unos cuantos presuntuosos a fin de superar las siete maravillas del mundo?” Fue lo que pensé, y me puse a correr por una callejuela muy angosta, en la cual la gigante no podía aventurarse sin el riesgo de quedar ahí atrapada. Y llegué a mi casa, recorriendo callejones (¡alabados sean por siempre los barrios viejos!). Me encerré en mi cuarto, con llave; corrí hacia donde estaba la fotografía de mi padre, enmarcada sobre una pared, y le pedí consejo.

La noche había caído.

La luna resplandecía sobre la ciudad, blanca de miedo. La gigante dormía con la cabeza apoyada en la cúpula de una iglesia y las piernas extendidas en dos calzadas. En sus manos se apagaba lentamente un vestigio de vida. Sus dedos jugaban todavía con los árboles de un jardín público.

## NOTA

AL IGUAL QUE LUCIANO, Verga, Pirandello y Svevo, o que los más cercanos, Gadda, Pizzuto, Landolfi y D'Arrigo, Alberto Savinio —con su gorra vasca de *clochard* y su aire triste en un polvoriento museo de cera, ajeno al mundo estandarizado de sus contemporáneos— pertenece a la especie de los llamados “inteligentes”, a la categoría de los “disgregadores de masonerías”, es decir, a una especie que para los demás, y sobre todo para los otros “escritores”, no debería existir (Stefano Lanuzza).

¿Podría confirmarse, pues, como hecho absolutamente natural, que una obra innovadora puede ser comprendida por el público y la crítica sólo después de la muerte del autor? Más verosímelmente, podría suponerse que el arte de Savinio apenas empieza a ser conocido en Italia porque sólo ahora se capta a quien estuvo ligado no tanto a la cultura italiana —frecuentemente restringida a los círculos o a las castas sustentadoras del detallismo y, en consecuencia, del sectarismo—, sino más bien a la gran cultura europea de vanguardia.

Toda cultura necesita monstruos. Pero toda tradición le teme a la presencia de personajes escépticos e irónicos, que, habiendo vivido en el desconocimiento, acaban por emerger después su muerte. La vida y la obra de Alberto Savinio (1891-1952) es una herida en la literatura italiana del siglo veinte. Narrador, pintor, ensayista y dramaturgo, hermano de Giorgio de Chirico, padeció el rechazo sucesivo del liberalismo y el fascismo de la Italia católica. Fue un escritor feroz, incisivo; un metafísico laico, que considera a Dios como principio de toda opresión, y devuelve la afrenta con libros como *Toda la vida* —libro del cual forma parte el presente cuento—, que lo revela como protagonista clandestino de la gran literatura contemporánea. LC